

pueda consultarse con provecho y sin desconfianza (1).

Además de otras publicaciones de filosofía y psicología experimental, D. Manuel Navarro, profesor en Tarragona, ha publicado una exposición de las doctrinas éticas en forma de monografías individuales, libro que merece mencionarse por la claridad y exactitud de la exposición. El autor se refiere, en particular, «á la escasez de información, en lo que respecta á la ética española. Yo creo, que no tratándose, como no se trata, de una obra de investigación, y especialmente consagrada á la historia de nuestra filosofía, hay dos razones que la justifican: primera, la escasez de material aprovechable que hay sobre estos asuntos en nuestra patria, y segunda, que en mi opinión, aunque haya habido en España moralistas prácticos de gran valía y tan exigentes y sagaces como el promedio de

(1) Al recibirle en la Real Academia de la Historia (Marzo de 1911), dijo el eminente *Menéndez y Pelayo*: «Cuando recuerdo que por mi cátedra han pasado don Ramón Menéndez Pidal y D. Adolfo Bonilla, empiezo á creer que no ha sido inútil mi tránsito por este mundo, y me atrevo á decir, como el Bermudo del romance, que

si no vencí reyes moros
engendré quien los venciera.»

los de otros países, no hemos tenido, ni podíamos tenerlos, verdaderos eticistas, que por la originalidad de sus concepciones merezcan figurar en la historia universal de nuestra ciencia (2).» En sus publicaciones de psicología se advierte un claro sentido de los modernos problemas de esta ciencia, que cultiva con recomendable eficacia didáctica.

Buenos estudios de crítica y bibliografía filosófica han publicado los González Blanco, Agustín Calvet, A. Rubio y Lluch, Joaquín Deleito y Piñuela, etcétera.

Existe un grupo de escritores literarios que reflejan en sus obras una tendencia á agitar ideas, revelando reflexión y vasta cultura: Azorín, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Gabriel Alomar, Mario Verdaguer, Pedro Corominas, José Paz y Meliá, Julio Nombela y Campos, Luis Araquistain, Faustino Ballvé, Juan Guixé, Julián Jude-rías, etcétera. En esta literatura las ideas tienen mayor importancia que el estilo.

Sobre todo ese movimiento de renovación cultural se destaca un nombre ilustre en el mundo, el más alto que la filosofía científica cuenta en España: *Santiago Ramón y Cajal*. Si otrora

(2) M. Navarro: «Historia de la Etica», Tarragona, 1913.

fué la filosofía una especulación individual sobre problemas inaccesibles á las ciencias, empieza ya á concebírsela como una elaboración hipotética de los principios más generales de las ciencias mismas: *sobre* las ciencias y no *aparte* de las ciencias. La lógica, la moral y la estética, son hoy tres ramas de una vasta ciencia natural que estudia las funciones psíquicas del hombre: la psicología. El conocimiento de lo real y los criterios de verdad, los sentimientos de justicia social y de dignidad individual, el juicio de valor sobre lo bello y el ideal abstracto de belleza, son funciones del cerebro humano que sintetizan la actividad de todo el organismo en sus relaciones con el ambiente natural y social. Estos dominios filosóficos son principalmente psicológicos. En ellos se mueve Cajal como creador y como maestro. Si es ilustre científico por sus doctrinas y descubrimientos sobre la arquitectura histológica del sistema nervioso, es filósofo, esencialmente filósofo, cuando sus agudas hipótesis fisiológicas intentan explicar los más altos procesos de la psicología humana, excediendo el límite de los hechos experimentales, que son su punto de partida.

Así como el erudito Menéndez y Pelayo representa la cultura tradicionalista fundada en las «ciencias de papel», el sabio Ramón y Cajal

representa la cultura moderna fundada en las «ciencias de la Naturaleza».

Sin una previa difusión de la cultura científica (1), no podrá tener España filósofos, ni un verdadero y propio pensamiento nacional nivelado con el europeo; para especular sobre las cosas de la Naturaleza, es necesario comenzar por conocer las cosas mismas. Entre éstas, ninguna nos interesa tanto como el hombre, cuyo origen, cuyo destino y cuyos ideales son la razón esencial de toda filosofía pasada y futura. Y como el hombre es, ante todo, un ser vivo, un animal de la especie humana, para estudiarlo es necesario recurrir á las ciencias de la vida. Ramón y Cajal ha formulado un breviario de los fundamentos y condiciones técnicas de la investigación biológica; dos cualidades morales considera inherentes al buen investigador: independencia de criterio y perseverancia en el estudio. Es decir, la antítesis de la rutina y de la pereza.

(1) El deseo de la cultura científica es ya sentido por algunos grupos universitarios. En Madrid, entre otros profesores, son bien notorios el naturalista Ignacio Bolívar y el ingeniero Torres de Quevedo. La «Asociación Española para el progreso de las ciencias» ha publicado una reseña de los institutos y laboratorios existentes en Madrid (Junio 1913).

La Ciencia y el Trabajo son, para Cajal, los elementos indispensables para la regeneración moral de España. La una y el otro necesitan ser alentados por un ideal: la Verdad. Sin ello no habrá cultura científica ni pensamiento filosófico. Son memorables las palabras que en las horas tristes del Desastre dirigió Ramón y Cajal á los jóvenes españoles: «Y tú, juventud estudiosa, esperanza de nuestra renovación, que te consagraste al trabajo en estos luctuosos días de nuestra decadencia, no te desalientes. Contempla en nuestra caída la obra de la ignorancia ó de la media ciencia, el fruto de una educación académica y social funestísima, que ha consistido siempre en volver la espalda á la realidad, sumergiendo el espíritu nacional, á la manera del morfínmano, en un mundo imaginario lleno de fingidos deleites y de peligrosas ilusiones. So color de excitar la adhesión á la patria, ó acaso por vanidad mal entendida, hemos ocultado siempre á la juventud, en el orden histórico, los defectos de nuestra raza y la virtud y valor del extranjero; en el orden geográfico y físico, la pobreza de nuestro suelo (inmensa meseta central, estéril, salpicada de algunos oasis y bordeada de una faja de tierra fértil), y la inclemencia de un cielo casi africano; en la esfera social y política, la indisciplina, el particularismo y el

atavismo del caudillaje, es decir, el culto fetichista al sable que resurge de continuo como planta parásita en el terreno, firme al parecer, de nuestro régimen constitucional y democrático; en lo científico, filosófico, industrial y literario nuestra falta de originalidad y nuestro vicio de la hipérbole que nos lleva á honrar como genios á meros traductores ó arregladores de ideas viejas ó exóticas... Sé como Temístocles, á quien no dejaba dormir la gloria de Milciades. Considera todo descubrimiento importante traído de fuera como una recriminación á tu negligencia y á tu poquedad de ánimo... ¡Qué sería de la patria si tú no respondieses á su tierna solicitud, si te mostrases indiferente á sus anhelos y esperanzas!»

Estas palabras de Verdad (1) debieran incluirse en todos los textos de lectura usados en España: trabajar para la ciencia. El porvenir de la

(1) «No empecemos—no podemos empezar—nuestro renacimiento científico, filosófico, sobre la base de una tradición más ó menos fantástica, aunque ella pudiera complacer á nuestros sentimientos patrióticos; la ciencia, como decía un gran maestro, D. Julián Sanz del Río, es obra, más que de nada, de conciencia, y ésta debe decirnos que para redimirnos de nuestros pecados contra la cultura, hemos de presentarnos ante Europa y ante el mundo no altivos y retadores por lo que ni

cultura filosófica española está supeditado al desenvolvimiento previo de la cultura científica; los más grandes filósofos fueron, siempre, los más grandes sabios de su tiempo.

VI.—SINOPSIS

Desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días, la España renacentista de Luis Vives, aniquilada por la España teocrática de Francisco Suárez, intenta despertar en la península, con exigua fortuna. Contra el aislamiento antieuropeo de la teocracia, los nuevos renacentistas pugnan por la europeización cultural de España. Todo esfuerzo por salir de la escolástica católica implica un anhelo de adaptación á la cultura científica y filosófica europea.

Dos veces se encarna en grandes nombres que

aun hicieron nuestros padres, sino amargados y arrepentidos de no tener ya hecho lo que la historia y nuestro honor de pueblo civilizado nos exigen al presente.—*M. Navarro Flores: «Historia de la Etica», página IX-X.—Tarragona, 1913.*

igualan á los más ilustres del tradicionalismo dominante.

Frente á Balmes, es ético-pedagógica con Sanz del Río. Frente á Menéndez y Pelayo, es científico-naturalista con Ramón y Cajal.

El desastre de 1898 provocó un despertamiento de la conciencia española, por tres siglos adormecida. Con Joaquín Costa comenzó á afirmarse el convencimiento de que era indispensable cambiar rumbos. A la ignorancia autóctona se sobrepuso el deseo de tomar contacto con la cultura científica moderna; á la pobreza gloriosa se intentó substituir la renovación de la técnica en las artes de la producción. Síntomas hay, muy alentadores, de que la europeización de España está en vías de realizarse: por la Ciencia y por el Trabajo.

Al mismo tiempo que la civilización suprime el ambiente de novela picaresca, la cultura española se aparta de la teología escolástica y se aproxima á las ciencias naturales. Esa evolución, lenta pero inevitable, permite augurar á España un nivelamiento filosófico con los países europeos. Y en su hora podrá pesar de nuevo en el pensamiento del mundo, con brillo y acentos propios, como en los siglos de Isidoro, Averroes, Maimónides y Lulio.

